

so. La relación entre ambas es bastante remota. En su libro sobre la naturaleza abunda con Parménides en que en la realidad no hay nacimiento ni muerte, orto ni ocaso. Las distintas formas de la realidad son sólo efectos de combinación y separación de los cuatro elementos (raíces): agua, aire, fuego y tierra. Este proceso es alimentado por las dos fuerzas contrarias que todo lo dominan: el amor y el odio. En el principio, los cuatro elementos se mantienen en armonía por el amor. Pero el odio entra en acción para quebrantar más y más esta armonía original. Aunque el amor, por último, lanza su contraofensiva y estrabrece la situación de origen, con lo que el proceso vuelve a empezar. En este proceso de combinación y separación aparece también el ser vivo, los más prodigiosos monstruos, hasta que sobreviven sólo los seres más viables, en virtud de la ley según la cual lo igual atrae a lo igual y lo desigual a lo desigual repele. Del mismo modo se entiende el conocer como un proceso de asimilación: "por la tierra conocemos la tierra, por el agua conocemos el agua, por el aire el divino aire y por el fuego el fuego devastador".

LOS ATOMISTAS GRIEGOS

Leucipo vivió entre los años 500, 400 A.C., fué el primer filósofo de la Antigüedad que expuso una doctrina de los átomos, concebidos como partículas materiales indivisibles; fué asimismo el primero que formuló una teoría del vacío; También se debe a Leucipo la formulación del principio de causalidad al decir que "ninguna cosa surge sin causa; todo surge por alguna razón y en virtud de la necesidad".

Demócrito (aproximadamente 460-370 A.C.), discípulo de Leucipo y uno de los más eminentes pensadores de la Antigüedad. Demócrito nació en Abdera, gran ciudad comercial de la Tracia. Viajó mucho por Egipto, la India y Babilonia, familiarizándose así con los conocimientos alcanzados por los antiguos pueblos de Oriente. Se sabe también que estuvo en Atenas, donde estudió filosofía y escuchó a Sócrates sin revelar su nombre ni mostrarse de acuerdo con sus ideas.

Escribió numerosas obras pero de ellas sólo han llegado fragmentos suyos hasta nosotros. Su obra fundamental llevaba el título de **Méga Diakosmos** ("La gran ordenación"). En sus libros se abordaban los problemas de la filosofía y la lógica, de la cosmología, la física, la biología, así como los problemas de la vida social, de la psicología, la ética, la pedagogía, la filología, el arte, la técnica, etc.

Demócrito en su explicación de los fenómenos de la naturaleza adoptó la teoría atomista de Leucipo y enriqueció a la ciencia con un admirable esbozo de la teoría atómica de la estructura de la materia. La concepción atomista de Demócrito descansa sobre el principio del movimiento de la materia. Según dicha

concepción, los átomos se mueven eternamente; el átomo es la materia misma en movimiento. Demócrito entendía los átomos como el ser, y el vacío como el no ser; pero el vacío era para él tan real como los átomos.

Leucipo y su amigo Demócrito admiten como elementos lo lleno y lo vacío, llamando a uno lo que es y al otro lo que no es. Es decir: lo lleno y sólido es lo que es; lo vacío y lo rarificado es lo que no es; (por esta razón, dicen ellos que lo que es, no es más, en modo alguno, que lo que no es, de la misma manera que el cuerpo no es más que el vacío) y, desde el punto de vista de la materia, uno y otro son causa de las cosas. La doctrina democritiana en la forma concisa y rigurosa con que nos la ha transmitido la Antigüedad se reduce a lo siguiente: "Los átomos son los cuerpos más pequeños posibles y carecen de cualidades; en cambio, el vacío es cierto lugar en el que todos estos cuerpos durante toda la eternidad se mueven arriba y abajo, o se entrelazan de algún modo entre sí, o chocan y se repelen los unos y los otros, diferenciándose y asemejándose de nuevo en esas combinaciones para formar, de este modo, todos los cuerpos compuestos sólidos y nuestros propios cuerpos, así como sus diversos estados y sensaciones".

Los jóvenes filósofos de la naturaleza, en sus esfuerzos por superar el dilema de Parménides han hecho adelantar el pensamiento sobre puntos importantes. Pero con estos esfuerzos han sorteado el meollo de la cuestión: ¿cómo compaginar lo uno del pensamiento con lo múltiple de la percepción? La solución de que hay muchos seres con el carácter que Parménides atribuye al ser no deja de ser una seudosolución. Bien claro lo ha visto Demócrito, quien por fin vuelve a darle a la nada derecho de existencia. Platón

y Aristóteles concentrarán de nuevo sus potencias sobre el dilema de Parménides, pero usando ya, no sólo las conquistas de los jóvenes filósofos de la naturaleza, sino también las de los sofistas y de Sócrates.

LOS SOFISTAS Y SOCRATES

Entre el V y el IV se halla el Siglo de Oro de la filosofía griega. Es el período ático, que producirá, además de Sócrates, a las dos figuras quizá más grandes de la filosofía de todos los tiempos: Platón y Aristóteles. Una característica fundamental señalada al límite de su comienzo: el espíritu reflexiona sobre sí mismo, y abandona por el momento, el estudio del mundo exterior. ¿Para qué conocer el mundo —se pregunta Sócrates— si no me conozco a mí mismo? ¿Qué soy yo mismo y qué mi razón, ese instrumento de que me valgo para conocer? Tal es el problema para este período, que se ha llamado **humanístico** de la filosofía griega.

En la iniciación de esta nueva época hay que destacar un fenómeno de carácter social, que es lo que se conoce en la historia con el nombre de **sofística**. Sofista no quiere decir en sí más que sabio o maestro de sabiduría, y así era empleada esta palabra en aquella época. El sentido peyorativo y hasta insultante que hoy tiene (hábil falsario en el discurso) procede de lo que realmente llegaron a ser los sofistas.

Grecia no tuvo unidad política hasta los tiempos de Alejandro, que son los de su decadencia. Se gobernaba por ciudades (**polis**) independientes, y en forma democrática, con la espontánea democracia de los pequeños grupos sociales. En el ágora se administraba justicia públicamente, y cada ciudadano defendía

su propia causa. En estas condiciones puede comprenderse la inmensa importancia que para todos tenía el saber exponer brillantemente y convencer a los jueces. Pues bien, los sofistas fueron precisamente maestros dedicados a la enseñanza de retórica y dialéctica, esto es, del arte de exponer, defender y persuadir públicamente. Lo que hasta esa época había sido el libre y desinteresado ejercicio de la más noble dedicación, convirtiéndose entonces en una actividad mercantil; éste fué el primer sentido peyorativo que, en la época, adquirió la palabra sofista: el que cobra por enseñar o, mejor aún, enseña por cobrar.

Pero es otro y más profundamente peyorativo el sentido que la palabra adquirió a lo largo de la historia, y ello se deriva del vicio intelectual en que fueron a dar los sofistas con el ejercicio de su función. A fuerza de enseñar a defenderse todas las causas, y aun de lograr que sus alumnos triunfasen a veces con causas injustificadas, casi indefendibles, se extendió entre ellos un espíritu escéptico, irónico hacia el concepto de verdad, y una fe ciega en el poder humano de convicción y en su habilidad dialéctica. Uno de los sofistas que registra la historia, Protágoras (485-411 A. C.) expresó esta convicción en su conocido principio "el hombre es la medida de todas las cosas". Lo que vale tanto como decir que el conocimiento es algo del sujeto, algo que se da en su mente, por lo que el hombre pueda crearlo y presentarlo como mejor le acomode; es cuestión de habilidad.

Gorgias (por el 480-380 A. C.). Nacido en Leontini, Sicilia, cosechó también sus más grandes triunfos en Atenas. En él parece que prevalecía la persuasión, basada en artificios, sobre el interés por la verdad. Sus éxitos en este campo fueron al parecer tan grandes que la mayor parte de los jóvenes de las familias

notables atenienses seguían sus lecciones. El más importante escrito de Gorgias, Sobre la naturaleza o el no ser, nos lo presenta como partidario de un nihilismo absoluto. Nada existe. Y aunque existiera algo no podríamos conocerlo. Pero aun suponiendo que pudiésemos conocer ese algo, no podríamos expresarlo ni comunicarlo.

La sofística siguió esta dirección que le imprimió Gorgias, aunque la tendencia al nihilismo no impidió que se realizaran investigaciones fructuosas. La lógica, la lingüística y la moral les deben mucho. Pero lo más importante de todo es que proyectaron la atención de la filosofía sobre el hombre. Y a partir de los sofistas, no se estudia ya en exclusiva la naturaleza, sino también, y sobre todo, el hombre. Parece ser el pensamiento sobre el hombre no alcanza su madurez hasta la segunda mitad del siglo V. a de C., pero no sólo entre los sofistas, sino también con Demócrito y Sócrates.

SOCRATES

En el seno del movimiento sofístico surge una figura que conmovió profundamente aquel ambiente, y que habrá de ser inspiradora y maestra de los más grandes filósofos griegos de la Edad de Oro: Sócrates (469-399 A. C.). Este filósofo no escribió nada, ni tuvo tampoco un círculo permanente donde expusiera y sistematizara su pensamiento: él negaba su inclusión entre los sofistas "porque no cobrara por enseñar". Sócrates habló únicamente; habló con sus amigos, con sus conciudadanos, libremente, con la espontaneidad del diálogo. Por ello de su personalidad y de su pensamiento sabemos muy poco de modo concluyente. Además, los discípulos que de él nos hablan —Jenofonte y Platón— son, cada uno por su estilo,

malos biógrafos. El uno por defecto y el otro por exceso. Jenofonte no ve a Sócrates más que al ciudadano honorable y justo —una especie de burgués ejemplar—, que fue condenado injustamente por la ciudad y que aceptó la muerte con insuperable entereza. Platón en cambio, ve la profundidad de la posición del maestro, pero en sus **Diálogos**, de los que Sócrates es protagonista, mezcla su propio pensamiento con el de su maestro, sin que resulte fácil delimitar el que corresponde a uno y a otro.

Dijimos al principio que según algunos “el pueblo griego descubrió la razón”. Pues bien, esta significación de los griegos se encarna propiamente en la figura de Sócrates. Sócrates afirmó la razón como medio adecuado para penetrar la realidad. Y hubo de sostener esta afirmación frente a dos clases de contradictores. Primeramente, contra los sofistas: la razón bien dirigida sirve para alumbrar la realidad, no es una linterna mágica que forja visiones a capricho sin relación con lo que es. Después, contra los irracionales, contra los filisteos de la cultura. Mucha gente en Atenas, como en todas partes, **pasaba** por especialista o profesional en una materia sin que una verdadera comprensión de la misma cimentase aquel conjunto de conocimientos. Sabían cosas porque se las habían enseñado, pero a poco que se escarbase en su saber se descubría en seguida que estaba montado en el aire. En el fondo, todos éstos, como los pueblos orientales y los bárbaros, sabían de un modo irracional, bastado en la revelación o en el mito.

Sócrates paseaba por las calles de Atenas y tropezaba por ejemplo, con un millar o con un retórico. Les hace una pregunta sobre cualquier extremo relacionado con su profesión. Ellos dan una respuesta más o menos acertada; entonces Sócrates les pide una aclara-

ción sobre los fundamentos en que ello se basa, preguntándoles, simplemente, ¿porqué? Las más de las veces, los interrogados no resisten dos de estas preguntas y comienzan a divagar o a dar respuestas huecas. No hay en ellos verdadera ciencia porque no la han adquirido mediante el ejercicio de la razón, sino por autoridad o por la memoria.

A esta experiencia llega Sócrates valiéndose del primer aspecto de su método, que se ha llamado **ironía**. Para la segunda experiencia se valdrá de la **mayéutica**, nombre que proviene del oficio de su madre, que era partera; esto es, “arte de dar a luz”. Sócrates interroga a un esclavo —el hombre más ignorante—, y mediante preguntas graduadas que le obligan a discurrir por sí mismo, va alumbrando la verdad y llegando a resultados muy superiores a los que obtuvo con los hombres más cultos.

La **nesciencia** (ignorancia) es, pues, el punto de partida de nuestra búsqueda de la verdad. “Sólo sé que no sé nada, pero aún supero la generalidad de los hombres que no saben esto tampoco.” Después, la búsqueda misma ha de realizarse con la propia **vis** intelectual de cada uno, con la razón, que es el instrumento de penetrar en la realidad. El resultado de esta búsqueda racional es el hallazgo de la verdad —verdad diáfana, evidente, cimentada—. Esta verdad no es creación de la mente ni de su habilidad dialéctica, sino **descubrimiento** (**alecía**). Este hallazgo es una aventura de la mente que, lejos de admitir falsos y extraños ídolos, debe seguir su propio impulso (genio o demonio —**daimon**— interior) De aquí el lema que Sócrates adoptó para su pensamiento, tomado del frontispicio del templo de Apolo en Delfos: “Conócete a ti mismo”.

Mayores sombras aún que las que envuelven su obra y personalidad cubren las causas de su muerte. Sabemos que fue condenado por el tribunal de Atenas a beber su vaso de cicuta. que los motivos oficiales fueron impiedad y corrupción de la juventud. Mártir, según unos, de la claridad interna y de la lucha racional contra el mito; introductor, según otros, de formas refinadas de sexualidad, es lo cierto que, con su ironía metódica, no debió tener muy propicias a las clases cultas y a los valores consagrados socialmente. En todo caso, una sinceridad interior y un verdadero valor parece que emanaron siempre de su personalidad. Pudieron servirle, sin duda, de epitafio sus propias y conocidas palabras: "Dios me puso sobre la ciudad como el tábano sobre el caballo, para que no se duerma ni amodore".

En la filosofía socrática, la ética ocupaba un lugar esencial. Según Sócrates, la verdadera moral debe partir del reconocimiento de un principio espiritual en el hombre (el alma) y en la naturaleza (Dios).

Sócrates afirmaba que la moralidad sólo se da en algunos elegidos. A juicio suyo, el poder estatal debía estar en manos de la aristocracia, portadora de la verdadera moralidad.

PLATÓN

Platón nació en Atenas el año 427 A. de C., en el seno de una familia aristocrática. Con la caída de los treinta tuvo que abandonar la ciudad y no se hallaba por tanto en Atenas cuando tuvo lugar el proceso y la muerte de Sócrates, de quién fue discípulo durante ocho años. Con el mucho viajar amplió sus conocimientos de un modo considerable. Quiso poner en práctica sus teorías bajo Dionisio I de Siracusa y fracasó. Fue vendido como esclavo. Liberto, se reintegra a Atenas y en 387 A. de C. inicia su magisterio. En 367 A. de C., hace intento también en Siracusa bajo Dionisio II, que tampoco tiene éxito. Un tercer conato en 361 A. de C., se frustra igualmente. Platón muere en Atenas el año 347 A. de C..

En los diálogos de Platón el protagonista, es casi siempre Sócrates, pero a medida que Platón entra en años, este Sócrates es más portavoz de los propios pensamientos de Platón que de los del Sócrates histórico. Pero como el pensamiento de Platón es una prolongación del de Sócrates, es de todo punto imposible precisar dónde termina el de Sócrates y dónde empieza el de Platón. Seguramente Platón no se propuso otra cosa, hasta su muerte, que explicar el pensamiento de Sócrates y elaborarlo donde creyó que era necesario. Rasgo característico de Platón es la abertura del espíritu que —coincidiendo enteramente con el modo de Sócrates— se ejerce y manifiesta haciendo pensar al otro y no imponiéndole una teoría o doctrina ya elaborada. Sobre todo los primeros diálogos de Platón se terminan casi siempre sin conclusión alguna. Platón hace actuar en estos diálogos a Sócrates como el que sabe una dirección pero deja que sea el interlocutor quien saque las conclusiones del caso.